

LA SOBRINA QUE NUNCA EXISTIÓ

La tarde sofocante de junio se colaba por la ventana, malditamente orientada al sur. El aire acondicionado del hospital, por no perder la costumbre, no funcionaba, así que sólo se podía combatir el bochorno abanicándose o dejándose mecer por el sopor. Yo preferí la segunda opción y me entregué a los vapores de una siesta reparadora. Al fin y al cabo todavía estaba débil. Me habían operado dos días antes de no sé qué en mi ojo izquierdo, que era muy peligroso porque podía quedarme ciega. Ciega, afortunadamente, no estaba, aunque sí tuerta. Un parche de gasas cubría mi ojo intervenido e incluso dificultaba un poco la visión del otro.

Estaba consiguiendo sentirme como una especie de Rita Hayworth, desnuda en la cama de un hotel oriental, acariciada por el suave batir de las aspas de un ventilador de techo, cuando mi sueño se desvaneció al sentir una mano, sacudiendo mi brazo con el perverso propósito de despertarme. Entreabrí el ojo útil, esperando encontrar frente a él a mi hermana Petra, pero no fue así. Una perfecta desconocida, cercana a los ochenta años de edad, me miraba, bizqueando con una sonrisa de caramelo sobre la dentadura postiza.

—¡Hola, bonita! ¿Cómo estás?

¿Cómo iba a estar? Aturdida. Intenté despejarme para tratar de ordenar a mi cerebro que buscara una conexión entre la anciana visitante y yo.

—En cuanto me he enterado, he venido a verte.

¡Qué detalle! ¿Por qué se habría molestado?

—Me han traído las monjitas.

¡Allá va! Las monjitas se dedicaban en sus ratos libres a ir colocando ancianas en las habitaciones de los hospitales.

—Pero...¿Cómo estás?—insistió—. Te veo muy desmejorada... Claro que después de la operación...

—Oiga...—intenté hilvanar una frase para decirle que me confundía.

—¿Qué es eso de oiga?—protestó—. Hija mía aún estás atontada por la anestesia. Soy la tía—dijo, acariciando mi mano.

Casi di un brinco en la cama. ¿La tía? Como no fuese una tía de América, lo tenía claro. Empecé a repasar mentalmente, y por muchas vueltas que le daba no encontraba una sola de mis tías que no estuviese criando malvas. Además, en caso de que me viviera alguna, y no me hubiese enterado, estaría cerca de los cien años...

—¡Ay, hija, espabílate! - ordenó la anciana, dejando en paz mi mano.

Ya lo había hecho, y no me quedaba una tía viva ni por parte de mi padre ni por la de mi madre, ni siquiera una tía segunda. De todas formas, la buena señora que había estrangulado mi siesta, seguía empeñada, dale que te pego, en ser mi tía y yo no sabía cómo convencerla de que estaba equivocada.

—Tú ya sabes que eres mi sobrina favorita. No podía dejar de venir a verte.

¡Claro! ¿Cómo podía dejar de venir a verme si era su sobrina preferida? A lo mejor tenía sus ventajas y todo, eso de ser la favorita de alguien... Aunque no la conozcas. Pero empezaba a violentarme de veras. No tenía nada contra esa anciana, que seguía emperrada en ser mi tía a toda costa, excepto que me había fastidiado la siesta, pero no iba a tener más remedio que decepcionarla.

—¡Buenas tardes!

Giré la cabeza, ladeándola para dejar campo de visión a mi ojo útil. No hacía falta. La voz y el tono chillón eran inconfundibles. Mi hermana Petra acababa de hacer aparición en su acostumbrada visita vespertina. Salvada por la campana, pensé. Aunque Petra, que iba camino de los setenta y cinco, llevaba un par de años capeando el temporal de sus neuronas, sería capaz de sacar de su error a la anciana y así, de paso, yo me quedaba sin remordimiento de conciencia.

—¡Hola!—saludé como quien saluda al Santo Advenimiento.

Mi supuesta tía giró la cabeza y su rostro se transfiguró al ver a mi hermana. El de Petra, también.

“Aquí pasa algo raro”, pensé.

—¡Luisa!—gritó mi hermana, abriendo los brazos.

—¡Petra!—contestó la anciana, haciendo lo propio.

Se fundieron en un abrazo lleno de palmotadas, como si fueran estibadores del puerto. Una de dos, o yo tenía una tía desconocida, hija natural de un marqués por lo menos, que se me había ocultado por alguna pecaminosa razón, o mi hermana se había demenciado del todo y de golpe.

—¡Cuantos años!—dijo “tía” Luisa, visiblemente emocionada.

—¡Y tantos!—corroboró mi hermana.

—¡Vaya que sí! Pues...—pareció contar mentalmente—. Desde que nos fuimos del hospital.

—Sí—confirmó mi hermana—. Desde que acabó la guerra.

“¡Ayer fue la víspera!”, pensé, sin dejar de salir todavía del asombro ante tanta rememoranza. No, si al final la anciana iba a tener razón y era en realidad mi tía perdida y hallada en un hospital.

—Tú estabas con el doctor Torres De las Heras—recordó mi hermana.

—Un caballero—puntualizó “tía” Luisa—. Pero su mujer, un pendón.
¡Pobre, hombre!

—¡Menuda pieza!—dijo mi hermana, sacudiendo la mano para confirmar sus palabras—. Creo que se ahogó...

—Borracha—dijo “tía” Luisa, bajando la voz para que no se enterasen en la azotea—. Estaba como una cuba y se cayó de la cubierta del yate al mar. Se la tragó el oleaje.

—¡No me digas!—se escandalizó mi hermana.

—Sí.

Yo estaba estupefacta. Había podido deducir que “tía” Luisa no era tal tía Luisa, sino, al parecer, una compañera de mi hermana en el hospital de los tiempos de la guerra y que llevaban unos cincuenta años sin verse, por lo que, seguramente, tendrían muchas cosas que contarse.

—Luego él se volvió a casar—dijo Luisa.

—Sí, con Purita Uribarri...

—Buena chica—interrumpió Luisa—. Y muy católica.

—Eso, sí es.

—¡Vaya!

—¡Cuánto tiempo! - volvió a decir mi hermana.

Me temí un nuevo aluvión de ecos sociales rancios y crónicas de sucesos. Sin embargo, al parecer, sus neuronas recompusieron la figura y dejaron de patinar

—Por cierto... ¿Tú qué haces aquí?—preguntó en un raptó de sensatez.

“Aquí te quiero ver”, pensé.

—Pues a ver a mi sobrina, que la han operado—dijo, señalándome.

Yo puse cara de circunstancias. Mi hermana irguió la cabeza, como una gallina haciendo equilibrios sobre un palo y arqueó las cejas.

—¿Ésta, tu sobrina?—preguntó.

—Sí.

—¿Qué dices? ¡Esta es mi hermana!

Por fin algo sensato en todo el rosario de disparates. Lo malo es que Luisa no parecía muy dispuesta a dejarse chafar la guitarra.

—¡Qué te crees tú eso!—contestó Luisa en tono amenazador, tironeándome de una mano—. ¡Te has vuelto loco! ¡Es mi sobrina!

—¿Tu sobrina?—contraatacó mi hermana, tironeando del brazo que me quedaba libre—. ¡Sangre de mi sangre!—exclamó en un exabrupto teatral—. ¡Mi hermana! ¡De padre y madre! Porque yo tengo hermanos de padre y hermanos de padre y madre. Y ésta—concluyó, sacudiendo mi brazo—, es hermana de padre y madre.

“Tierra, trágame”, pensé con la ligera esperanza de desaparecer y dejar a esos dos gallos de pelea encrespados, discutiendo si eran galgos o podencos. Agradecí que a mi compañera de habitación le hubiesen dado el alta horas antes, evitándome así un bochorno de órdago a la grande.

—¡Mi sobrina!—reivindicó Luisa, sin más argumentos que la posesión de mi brazo.

—¡Mi hermana! ¡Y de padre y madre!—ratificó Petra, con la posesión de mi otro brazo y el galimatías de los hermanos de padre y madre, que no quería decir más que mi padre era viudo y tenía un hijo cuando se casó en segundas nupcias con mi madre. Por lo tanto, Petra y yo éramos hermanas de padre y madre, como ella no dejaba de proclamar a los cuatro vientos.

—Dorita Cifuentes—dijo Luisa al borde de la extenuación.

—¿Quién es ésta?—preguntó mi hermana, pillada en fuera de juego.

—¡Ella!—gritó Luisa a punto del colapso, señalándome.

—¡Y un jamón con chorreras!—se desgañitó mi hermana—. Isabel Comas—me señaló a su vez.

Yo continuaba queriendo que se me tragase la tierra y que allí se quedasen las dos fieras peleando por mi identidad o por sus restos.

—Dorita Cifuentes, casada con Salvador Climent—insistió Luisa con la respiración fatigosa.

—Isabel Comas—machacó mi hermana, masticando las sílabas—. Casada con José Cabildo...

—Buena familia los Cabildo—interrumpió Luisa, recuperando la respiración y el turno para adjudicármeme—. Mi sobrina: Dorita Cifuentes...

—¡Y un cuerno!

Por un momento creí que les iba a dar a las dos un ataque de apoplejía. Lo que no entendía era cómo el escándalo que estaban armando no había provocado un despliegue de las fuerzas de seguridad del hospital y la toma de Constantinopla por los turcos.

—¡Grosera!—dijo Luisa, mirándola de medio lado.

—¡Mamarracha!

Parecían dispuestas a zurrarse la badana y definitivamente ganar mi identidad en un duelo a muerte.

—Dorita Cifuentes—Luisa realizó un último intento—. Y su marido toca el piano...

—Como si quiere tocar la flauta—contestó Petra—. Esta es mi hermana y no se hable más.

—Porque tú lo digas—contestó Luisa con un respingo.

—No. Porque es mi hermana.

—¡Mi sobrina!

—¡Mi hermana!

La que estaba al borde del colapso ahora era yo, que además de soportar los gritos y los desplantes, tenía que aguantar los estirones de mis brazos.

—Que sea ella la que lo diga—sugirió Luisa como punto final de la discusión.

—Eso, que sea ella—aprobó mi hermana, segura de sí misma.

Las dos inclinaron sus cabezas sobre mí, esperando la respuesta. Las dos estaban convencidas de que la razón estaba de su parte. Por un momento tuve la tentación de decirles que yo, en realidad, era Rita Hayworth y estaba desnuda sobre una cama, bajo las aspas soñadoras de un ventilador, en un país oriental. Pero eso hubiese sido la puntilla y yo no tenía vocación de Groucho Marx. Así que para qué alargar aún más el esperpento. Me solté de las dos garras, que apretaban con fuerza mis brazos, y traté de encontrar el tono menos ofensivo posible.

—Lo siento—dije, mirando a Luisa con mi ojo útil—. Soy su hermana.

—¡Desagradecida!—rugió Luisa en pleno sofocón—. Pues mira lo que te digo, ya no eres mi sobrina—sentenció, dando media vuelta y abandonando la habitación sin más despedida.

—¡La tía loca!—exclamó mi hermana.

La pobre Luisa, llena de dignidad, se habría ido con un enfado morrocotudo, sin encontrar a su sobrina operada y volvería con las monjitas, poniéndonos verdes a mi hermana y a mí.

—Sal a buscarla—dije movida por la piedad—. Es muy mayor y se habrá equivocado de habitación. Su sobrina...

—¡Calla, calla!—interrumpió Petra -.Está loca.

Los ojos bizqueantes de Luisa se asomaron discretamente, como reconociendo el terreno. Tal vez se había estado preparando para el segundo asalto. Entró.

“Zafarrancho de combate”, pensé.”Vuelve a la carga”.

—¡Ay,chica!—le dijo a mi hermana, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiesen estado a punto despellejarse—. Esta no es mi sobrina—dijo, convencida al fin

—¡Si lo sabré yo!—apostilló mi hermana.

—Mi sobrina está en la habitación cuatrocientas dos y la vuestra es la cuatrocientos veinte—aclaró—. Ya estoy muy torpe. Me han dicho que era al final del pasillo, y al final del pasillo he venido. Pero era el otro pasillo...

—¡Acabáramos!—resumió mi hermana.

—Así que me voy a verla, que estará, la pobre, esperándome—dijo con una sonrisa beatífica—. Me ha alegrado mucho verte, Petra—se inclinó sobre ella y le estampó un sonoro beso en cada mejilla.

—A mí también me ha alegrado—dijo mi hermana, correspondiendo a su vez a los besos.

—Yo es que apenas salgo—se justificó Luisa—. Hoy porque me han traído las monjitas. Sola casi ni me valgo.

—¡Qué va! Si estás muy bien—mintió Petra.

—¡Adiós, bonita!—me dijo, saliendo de la habitación cogida del brazo de mi hermana—. Podíamos vernos una tarde y hablar de tiempos mejores—le oí decir, mientras se alejaba de cháchara por el pasillo.

—Adiós, tía—dije en voz baja.

Cerré el ojo útil y deseé con todas mis fuerzas, más que nunca, ser Rita Hayworth, desnuda en la cama de un hotel oriental, bajo el batir suave de las aspas de un ventilador de techo, convertidas por arte de magia en las hélices del sueño.



Alicante, 20 de Agosto de 1996